

tras leyes, el derecho de que se les considere iguales á los que nacieron en el país.

»Por la Constitucion federal conceden los Estados al Congreso ciertos poderes específicos, y la manera de interpretarlos ha dado lugar á una cuestion que divide más ó ménos á los partidos políticos desde hace algun tiempo. Sin entrar ahora á discutir sobre este punto, creo de mi deber manifestar aquí que una larga experiencia y la observacion me han convencido de que, interpretar estrictamente y á la letra los poderes conferidos al Gobierno, es la verdadera teoría de la Constitucion, y obsérvese que cuando en nuestra pasada historia ha ejercido alguna vez el Congreso atribuciones dudosas no han dejado nunca de resultar funestas consecuencias. Muchos ejemplos hemos tenido de esto, mas no me parece oportuno citarlos en esta ocasion. Convencido de tales verdades, considero sin embargo que al conferirse al Congreso autorizacion para declarar la guerra, la tiene tambien para disponer la construccion de un camino militar cuando sea absolutamente necesario para la defensa de cualquier Estado ó territorio de la Union en el caso de una intervencion extranjera. Segun la Constitucion, el Congreso está autorizado para levantar ejércitos, mantener una escuadra, llamar á la milicia y rechazar á los invasores, debiendo tambien por consiguiente proteger á todos los Estados en general y á cada uno en particular; pero, ¿cómo sería posible, por ejemplo, dispensar esta proteccion á California y á nuestras posesiones del Pacífico, si no hubiera un camino que cruzara el territorio de la Union y por el cual habian de trasportarse rápidamente hombres, armas y municiones para rechazar al enemigo? Es imposible concebir que mientras la Constitucion previene terminantemente que corresponde al Congreso atender á la defensa de los Estados, les privara de los únicos medios de defensa.»

El advenimiento de Buchanan al poder fué precedido de síntomas que parecieron anunciar un trastorno general en la sociedad del país: muchos ciudadanos estaban perdiendo tontamente sus vidas en una desatentada empresa contra Nicaragua, cuyo territorio querian agregar á la Union á fin de que tuviera un Estado más que votara en favor de la esclavitud; los indios molestaban mucho en las fronteras; la cámara de representantes se entregaba á ciertos manejos contra determinadas personas, muy dignos de censura; los asesinatos y las violen-

cias inquietaban ya á la conciencia pública; la nacion se dividia evidentemente en dos bandos hostiles; y era por lo tanto dudoso que se pudieran mantener largo tiempo las más simples formas de orden público.

Al poco tiempo de haber empuñado Buchanan las riendas del Gobierno, los partidarios de la esclavitud hicieron vigorosos esfuerzos para aumentar su poder, extendiendo la aplicacion de sus principios. El comercio de esclavos, aunque ilegal, efectuábase sin el menor rebozo en las costas del Sur; los diarios de Texas anunciaban la llegada de cargamentos de negros del Africa, los cuales eran vendidos como cualquiera otra mercancia; y á pesar de esta libertad los Estados del Sur pedian con insistencia que se legalizara su tráfico una vez más; pero esto hubiera sido ir demasiado lejos, y el gobierno de Buchanan no accedió, prosiguiendo sin embargo tan escandaloso tráfico, el cual daba lugar á incidentes en que debian intervenir de continuo las autoridades.

Para que se vea con qué energía abogaban algunos por la esclavitud, y hasta qué punto defendian sus principios, reproducimos algunos fragmentos del brillante discurso que pronunció un senador del Sur, M. Hammond, cuando hubieron comenzado los debates con motivo del segundo mensaje del presidente Buchanan.

«La fuerza de una nacion depende más que todo de su riqueza, y la riqueza de una nacion así como la de un hombre, debe apreciarse por lo que produce. Si un hombre posee millones de duros y malgasta todo su patrimonio, ¿podremos decir que es rico? ¿Le será dable acometer ninguna empresa? ¿Podrá construir buques ó caminos de hierro, ni levantar un ejército para sostener una guerra? Podrá ser feliz, vivir con comodidad, disfrutar de lo que tiene mientras lo conserve, pero nunca será rico, nunca será fuerte.

»Un senador de Nueva York ha dicho que el mundo entero habia abolido la esclavitud; ¡ah! habrá suprimido el nombre, pero no la cosa; todos los poderes de la tierra no podrían conseguirlo, sólo Dios puede hacerlo..... Nosotros creemos que los blancos no serian esclavos ni por ley ni por necesidad; nuestros esclavos son negros y una raza inferior, pero nosotros los hemos sacado de la triste condicion en que se hallaban, elevándolos en cierto modo. Ni uno solo de esta raza, diseminada en toda la extension del globo, podrá compararse nunca con los esclavos del Sur, porque ellos son felices, viven

contentos, no ambicionan nada, y aunque de clara inteligencia, nunca tememos nada de sus aspiraciones.

»Circunstancias casuales os han favorecido hasta ahora; habeis aumentado vuestra poblacion con esas hordas de emigrantes semibárbaros que acuden numerosas al Norte un año y otro, y que dan lugar á un continuo movimiento. A esto lo llamais progreso: lo es en efecto, pero nada envidiable. El Sur es quien más ha contribuido á prestaros su apoyo; sois nuestros factores; traéis y llevais para nosotros; anualmente pasan por vuestras manos ciento cincuenta millones de duros de nuestro propio dinero, con una gran parte del cual os quedais, sirviendo lo demás para sosteneros en vuestra situacion. Suponed ahora que os retiramos el apoyo; suponed que no os dejáramos tomar parte en nuestros negocios; ¿sabeis lo que sucedería entónces? Que quedaríais sumidos en la pobreza.

»El senador de Nueva York dice que se trata de quitarnos el Gobierno, de que no tengamos participacion en él; quizás sea esto verdad, pero no olvideis, porque esto está escrito en la página más brillante de la historia humana, que nosotros, los defensores de la esclavitud en el Sur, hemos gobernado nuestro país por espacio de setenta años, y os lo entregaremos puro y sin mancilla, próspero y vigoroso hasta el punto de excitar la admiracion del mundo. Con el tiempo veremos lo que hareis de él, pero nunca disminuirá nuestra gloria ni tampoco vuestra responsabilidad.»

Este discurso no hizo más que excitar doblemente los ánimos sin evitar el conflicto, y dos años despues de pronunciadas estas palabras, estalló la gigantesca lucha que debia ser la admiracion del mundo.

Los abolicionistas, por su parte, tenian tambien resueltos partidarios, como lo demostró un suceso muy notable, ocurrido dentro del primer año de la administracion de Buchanan, y que debia ejercer una marcada influencia en los destinos de la República americana. Fué la famosa conspiracion de Juan Brown, que tenia por objeto producir una revolucion en los Estados del Sur, tentativa que constituye uno de los más sorprendentes episodios de la historia de los Estados Unidos.

Juan Brown, natural de Kansas, enemigo fanático de la esclavitud, estimulado por las excitaciones de ciertos hombres, en desprecio de la Constitucion y de las leyes del país, y sin

escuchar la voz de la conciencia, fraguó una conspiracion cuyo objeto era caer sobre el pueblo de Harper's Ferry, robar el arsenal, saquear las casas y promover la insurreccion, habiéndose trazado al efecto un plan que ofrecia las mejores probabilidades de éxito. Los conspiradores alquilaron en el Estado de Maryland una hacienda situada á pocas millas de Harper's Ferry, en la que permanecieron durante algunos meses, al parecer con el fin de ocuparse de sus asuntos particulares, pero en realidad para inspirar confianza á los habitantes del pueblo vecino y en particular á los de Harper's Ferry. De este modo pudieron reconocer perfectamente todas las localidades, las calles, las casas y las tiendas, de tal manera, que en un momento dado, sin confusion y sin vacilaciones, pudieran llevar á cabo su proyecto. Los conspiradores no ignoraban que reinaba la mayor confianza, y sabian muy bien que no habia un solo hombre en todo el Estado de Virginia que se retirara á su casa por la noche con temor alguno, ni que sospechara mucho ménos que pudiera ser atacado por ciudadanos de los Estados Unidos. La seguridad, pues, era completa, pues no se temia nada de la poblacion esclava, y en esto no se engañaron los conspiradores segun veremos, de modo que todo contribuia á favorecer su proyecto.

Despues de haber cortado los alambres del telégrafo, Brown y los suyos, protegidos por la oscuridad de la noche, penetraron en el pueblo sin ser vistos; apoderáronse del único vigilante nocturno que habia en el arsenal, y ocuparon inmediatamente todos los edificios que contenian armas ó podian servir para una conveniente defensa. Hecho así, los conspiradores arrestaron por sorpresa á varios ciudadanos de los más principales, á quienes ya conocian, y á los que encerraron en sitio seguro. Todo esto se llevó á cabo durante la noche, pero á la mañana siguiente, cuando se averiguó en parte lo que pasaba, el pueblo se dirigió hácia el arsenal, donde empezaba á reinar la mayor confusion. Entónces los conspiradores hicieron fuego sobre los ciudadanos, y por la primera vez comprendióse por todos la enormidad de los designios de aquellos hombres, pero sin que se hubiese notado, por extrañó que esto parezca, que ningun ciudadano tuviese armas ni municiones para su defensa. A pesar de esto, reuniéronse bien pronto algunos mosquetes y rifles, y habiéndose armado inmediatamente algunos hombres de los alrededores, se contestó al fuego

del enemigo, con tan buen resultado que á las pocas horas se le desalojó de sus posiciones, con una gran pérdida entre muertos y heridos, y sólo el jefe de la conspiración pudo escapar con media docena de los suyos llevándose diez ó doce prisioneros con el fin de que los ciudadanos no hicieran fuego á la casa donde consiguieron refugiarse. En esto llegó la noticia de aquel acontecimiento á Washington; comenzaron á circular los más exagerados detalles acerca del combate de Harper's Ferry, y en su vista adoptáronse inmediatamente cuantas disposiciones se creyeron necesarias, y se ordenó al coronel de caballería Roberto E. Lee, que marchase en el acto al lugar de las ocurrencias con un destacamento de marineros y dos compañías de voluntarios de Maryland, que ofrecieron espontáneamente sus servicios. Las tropas marcharon en tren especial, y á primera hora de la mañana siguiente, el coronel Lee dió orden de atacar la casa donde los conspiradores se habían fortificado, la cual fué tomada bien pronto sin más pérdida que la de un muerto y un herido. Los conspiradores, entre los cuales se hallaba su jefe Juan Brown, fueron entregados á las autoridades de Virginia, y habiéndoseles juzgado por las leyes del país, y reconocidos culpables, se les condenó á muerte y fueron ahorcados al otro día.

Así terminó la conspiración de Juan Brown, una de las más atrevidas que se habían conocido en el país, y cuyas consecuencias no debían conocerse hasta más tarde.

La intentona de Brown había tenido mal éxito; fué descabellada, si se quiere, y apenas podía abrigar su autor la esperanza de obtener un buen resultado; pero debía fructificar en un período futuro, que no estaba muy lejos, é hizo más patente la absoluta incompatibilidad entre el Norte libre y el Sur protegiendo la esclavitud. Desde entonces se propagó por algunos Estados rápidamente un poderoso espíritu de reforma, que se había estado preparando hacia largo tiempo, pero que necesitaba algún estímulo, como la intentona de Brown, para convertirse en devoradora llama. Aquel dramático suceso, despertando los temores de los hombres del Sur, armó sus manos haciéndoles comprender que no estaba lejos el día de ajustar cuentas, y que la temible cuestión de la esclavitud debía tener un terrible desenlace. Los dos bandos podían conocer ya, mejor que lo habían conocido ántes, cuáles eran sus deseos y sus aspiraciones; dispáronse entonces muchos er-

rores é incertidumbres, la ley moral se sobrepujó á la constitucional, y excitó enérgicamente á todos los hombres á elegir su bandera. Los principios abolicionistas del Norte recibieron un poderoso impulso con el acto de Juan Brown.

Como si las perturbaciones que agitaban al país no hubieran sido bastantes para preocupar de sobra al Presidente, surgió de pronto otro conflicto de carácter amenazador, promovido en el territorio de Utah, del que era gobernador Brigham Young, por influencias de los federales. Ahora bien, Young se había erigido en jefe de la famosa secta de los mormones, á los cuales pretendía gobernar, disponiendo de sus propiedades, por inspiración directa y autoridad del Todopoderoso, según él decía; de modo que comenzó á ejercer autoridad absoluta como jefe de un Estado y de una Iglesia, la de «Los últimos Santos,» como dieron en llamarla. Todo esto fué origen de escandalosos abusos, llegándose al extremo de que en Utah no se hiciera caso alguno de las órdenes y amonestaciones del presidente Buchanan, quien reconoció la urgencia de nombrar otro gobernador ántes que las cosas pasaran más adelante. Sin embargo, parece que Brigham Young se había ocupado hacia mucho tiempo en reunir armas, haciendo fabricar muchas, proveyéndose al mismo tiempo de abundantes municiones de guerra; mientras que por otra parte acostumbraba á los mormones al servicio militar, como hubiera podido hacerlo el general en jefe de un ejército.

Cuando Buchanan supo todo esto, fué forzoso, como primer magistrado ejecutivo, adoptar enérgicas medidas para restablecer el primer principio de autoridad de la Union; y la cámara de representantes aprobó un acuerdo, por el cual se organizaban cuatro regimientos más para que fuesen al territorio de Utah, al que se declaraba en estado de rebeldía.

Brigham Young, al tener noticia de las medidas que se habían adoptado, escribió al jefe de la expedición militar una carta concebida en estos términos: «Si viene V. con intenciones pacíficas, no necesita las armas; nosotros deseamos la paz, lo mismo ahora que siempre, y en virtud de mis atribuciones como gobernador de Utah, le intimo á retirar sus tropas del territorio.» Después, el jefe de los mormones armó su gente, haciendo los preparativos que juzgó necesarios en aquel caso. No obstante, cuando hubo reflexionado más detenidamente

sobre su situación, resolvió abandonar el territorio, y hasta salir de los Estados Unidos; pero como se le presentaran dos comisionados, haciéndole proposiciones para arreglar amistosamente la cuestión, firmóse un tratado de paz, y el ejército entró en la ciudad poco después. De este modo terminó el conflicto, publicando el presidente Buchanan una proclama en la que concedía perdón á los que habían intentado resistir á su autoridad por la fuerza de las armas. El peligro se conjuraba por el pronto, pero debía reproducirse algunos años más tarde.

Al reunirse el Congreso el 5 de diciembre de 1859, la agitación del país llegaba á su colmo, hallándose preocupado aún el espíritu público por el reciente suceso de Harper's Ferry. Hablábale ya abiertamente en el Sur de la separación de los Estados, y aún algunos hombres del Norte comenzaban á dudar que se pudiera conservar la union mucho tiempo más, ó que valiese la pena á costa de tantas animosidades y perversiones de la libertad constitucional. Que Buchanan dispensaba su favor á los intereses de los esclavistas era ya cosa bien conocida, pues manifestábase constantemente en sus principios y en sus actos políticos; cierto que hizo algo para aparentar que trataba de reprimir en lo posible el tráfico de negros, pero la verdad es que este proseguía con la misma libertad.

La posición de Buchanan se hizo más embarazosa aún por habersele dirigido á principios de 1860 algunos cargos bastante graves: acusábasele, no sólo de haberse valido de su autoridad para asegurar la aprobación del *bill* sobre Kansas, sino de haber prodigado el dinero para conseguir este fin; de haber sancionado también ciertos abusos de las oficinas públicas del Estado, como las de correos y de marina; y á consecuencia de esto, aprobáronse varios acuerdos hostiles en la Cámara de representantes, nombrándose un comité de cinco individuos para fiscalizar la conducta del Presidente y otros altos funcionarios del gobierno acerca de dicho asunto.

El presidente Buchanan contestó al punto con un mensaje, demostrando la sinceridad de sus actos y negando la competencia de la Cámara de representantes para dirigir acusación alguna contra el Presidente, si bien no discutía su derecho de practicar una averiguación respecto á los supuestos abusos administrativos. «En su consecuencia, decía, protesto solemnemente contra esos procedimientos de

la Cámara de representantes, porque constituyen una violación de los derechos del jefe del gobierno y son subversivos de su independencia constitucional; porque tienden á favorecer las miras de hombres de mala fe, siempre dispuestos á jurar que han tenido conversaciones privadas con el Presidente, dando lugar, por el carácter de ellas, á que se hostigue al primer magistrado de la Union, degradándole á los ojos del país. Si esto se hiciera con un hombre débil ó tímido, se sometería á indebidas influencias para evitar semejantes persecuciones, las cuales tienden á destruir esa armonía para el bien común que yo deseo sinceramente conservar á toda costa. Por último, adviértase que si yo no resistiera se establecería un precedente peligroso para todos mis sucesores, sea cual fuere el partido político á que puedan pertenecer.» Esta enérgica contestación puso fin al asunto.

Como se acercaba ya el término de la administración de Buchanan, habían comenzado ya las elecciones para designar el nuevo presidente, y estas elecciones eran mucho más importantes que todas las precedentes, atendida la agitación del país, siendo esperado con ansia el último mensaje de Buchanan, que se entregó el 4 de diciembre de 1860. En este documento, que trataba en gran parte de la grave cuestión política del día, es decir, de la esclavitud, reconocíanse muy bien las tendencias del Presidente en favor del Sur, pues atribuía la causa de la crítica situación del país á la continua é inmoderada intervención de los hombres del Norte en los asuntos de los protectores de la esclavitud. Buchanan, basando al parecer su política en el mantenimiento de la Union, había sido, sin embargo, invariablemente amigo de una parte del país y porfiado enemigo de la otra; habíase valido de todo su poder oficial para favorecer los propósitos del Sur, manteniendo al Norte en el estado de sujeción en que, salvo algunas excepciones, hallábase ya hacia sesenta años; y ahora que iba á cesar en su gobierno, su animosidad contra los Estados libres se manifestaba sin medida, y hasta casi sin decencia. Algunos párrafos del mensaje nos dan á conocer bien claramente sus opiniones sobre aquel grave estado de cosas, cuyo desenlace debía ser el más sangriento conflicto.

«El Sur, decía, hubiera podido soportar los ataques de que es objeto, con la esperanza de que más tarde se hallaría el medio de satisfacer las exigencias de todos, por cuyo medio no